



ANGEL GUERRA ¹.

UN distinguido extranjero que vino á Madrid á cerrar contratos con los novelistas españoles, para que sus obras se publiquen traducidas en los Estados Unidos, me decía que, en opinión de Zola, nuestra novela actual es la *tercera* en mérito de las que hoy se conocen en Europa: el autor de *Germinal* reservaba, por supuesto, la primacía á la novela francesa y á la rusa, y no estando resuelto cuál de estas dos triunfa, la nuestra vendría á ser la *segunda* realmente. Pero admitamos el tercer lugar. La halagüeña opinión de Zola — que halagüeña es, estamos ó no conformes con esa especie de

¹ *Novelas españolas contemporáneas*, por B. Pérez Galdós. — *Ángel Guerra*. Tres tomos. — Madrid, 1891.

jerarquía — me sugirió una correlación de ideas, llevándome á comparar novelas y públicos, y confieso que no he quedado persuadida de que, si tenemos la *tercer* novela de Europa, tengamos igualmente el *tercer* público de lectores.

Público lo tenemos ciertamente, y él basta para sostener la muy lozana producción novelesca de estos últimos años, hoy que las vicisitudes políticas y las crisis económicas han cerrado á piedra y lodo el mercado de la América del Sur, cuando principiaba á rendir fruto; y público tenemos de olfato bastante fino, pues no se deja desorientar por las falsas pistas que tan á menudo y con tanta frescura le señalan los periódicos y los criticadores platilleros, ni arriesga sus tres pesetas sino sobre seguro. Público tenemos, pues tenemos novela, y no duden los idealistas que ven al genio y á la inspiración en forma de lengua de fuego de Pentecostés, que sin público no habría novela, ni Cervantes que la fundó. Pero...

Peros, y aun manzanas, tiene esto del

público, y claro está que yo no voy á recoger aquí tanta fruta. Sin embargo, ya no me es posible guardar el secreto de que nuestro público es muy escaso. Constituye una minoría social insignificante, y por la misma razón descontentadiza, suspicaz y con elevadísimas aspiraciones. Digo elevadísimas, porque el español que se determina á sacar tres pesetas del bolsillo, quiere ser divertido, enseñado, respetado en el pudor de sus «hijas y esposas», no lastimado en sus creencias religiosas y aun políticas, despabilado cuando le entra soñarrera, y á más á más dueño, siempre por virtud de las tres pesetas, de un *capolavoro* que enriquezca su biblioteca.... futura. Si mediante las tres pesetas no obtiene todas estas cosas, el novelista es su deudor. Á veces, para apremiar al deudor, se gasta quince céntimos: le escribe, no para decirle «me ha consolado V., me ha hecho reír, ó llorar, ó pensar», sino para prestarle un verdadero servicio, explicándole de qué modo él—el lector—habría desarrollado «aquel

mismo pensamiento», con más provecho de la moral y del arte.

Y es que, tratándose de cualquier otro gasto de tres pesetas, el español tiene idea apropiada de la correspondencia entre el desembolso y las utilidades que reporta: por tres pesetas sabe que no disfruta más que hora y media de simón, y aún tiene que aflojar propina; por tres pesetas ya comprende que no le dan más de tres entradas en los Jardines del Retiro. Sólo á las tres pesetas de la novela les atribuye un valor infinito,—como atribuye la Teología al sacrificio de la misa.

He dicho antes que el público tiene olfato sutil, y no hay *bombo* que le aturda; y si me paro á meditar en este síntoma, añado que no me congratulo de él. Es señal de poco apetito y enfermizo estómago el hacer dengues y melindres, el escoger mucho los alimentos, y el gustar sólo de dos ó tres guisos, no pudiendo resistir los demás. La persona robusta come de todo, y aunque tenga sus preferencias, digiere y se asimila cualquier

aceptable manjar. En el fondo de las precauciones del público español, hay mucho de lo que decíamos antes: convicción del valor *infinito* de las tres pesetas destinadas á adquisición de la novela, y firme resolución de no malgastarlas por nada del mundo. Si en vez de cautela económica viésemos un juicio estético, más ó menos severo, pero justo, lo alabaríamos. Me temo que es *lo otro*, lo prudentes y ahorrone que en materia de libros nos hizo Dios.

Nótese que en España no aparece aquella pléyade de novelistas secundarios, de grata y amena variedad, que en Francia dan pásto á la afición del público, durante los forzosos interregnos que deja la producción de los maestros. En mi sentir, Pedro Loti—á quien la Academia, como era de suponer, prefirió á Zola—no pasa de ser novelista de segunda fila, ó más bien que novelista, pintor de teteras y biombos, gentil bordador de pañolones manileños, un Senquá. Si Loti nace aquí, hubiese escrito dos ó tres artículos del

género filipino, tal vez un cuento de mulatas que no leería nadie, y ya acabó su carrera. En la favorable atmósfera de Francia, su talento peculiar se ha desarrollado plenamente, y su fama y aceptación prueba que existe entre el público francés una categoría bastante numerosa de lectores que se interesa por los viajes, que siente el color y que puede apreciar un cosmopolitismo original y selecto. El público francés es *justo* al no imitar á la Academia, que quiso más á Loti que á Zola; y el público francés es *culto* al estimar en su valor relativo á Loti, al saborearlo, al recibir de él un *frisson nouveau*, que sólo puede sentirse poseyendo cierta preparación, así como la planta exótica no florece en cualquier terreno.

Un amigo mío, que bajo la corteza profesoral conserva muy chispeante el ingenio andaluz, me decía con gracejo: «Respecto á lectura de novelas, hay en mí tres ó cuatro hombres. Mejor dicho, no son hombres todos los que hay en mí, porque en primer término hay un borrico que goza le-

yendo los folletines de *La Correspondencia*; luego, un tío muy vulgar y de imaginación, que se divierte con *Los tres Mosqueteros*; sobre éste un hombre algo culto que se solaza — por ejemplo — con Alarcón, y luego una persona de aficiones realmente delicadas, de exigencias intelectuales, que siente y reflexiona con los libros del conde Tolstoy.» De estos varios órdenes y categorías de lectores (inclusa la jumentil) tiene efectivamente que componerse un verdadero público, un público capaz de infundir vida á una novela nacional.

Por desgracia, ese público, avezado á apreciar las novelas *según su género*, no existe. La novela ni ha entrado en nuestras costumbres, ni forma parte de nuestras necesidades, ni casi de nuestros lujos. Lo que llamamos público es una minoría — relativa — que compra con desconfianza, con precauciones humillantes, ciertas novelas que llevan ciertas firmas, y suele quedar quejosa, arrepentida de su adquisición. En vez de seguir al novelista dócil

y afectuosamente, de adaptarse á la forma de su espíritu, el público obliga al novelista á buscarle y acertarle el gusto, gusto que tiene mucho de la inconsistencia cuyo tipo tradicional es el Proteo de la fábula.

El largó preámbulo que acabo de escribir, me lo ha inspirado la suerte de las últimas novelas de Galdós.

Desde *Fortunata y Jacinta*, que cuento entre las obras más hermosas y profundas que á Galdós se deben, observo—y al observarlo y reprobalo tengo el deber de decirlo— que si pido parecer sobre los libros que Galdós va produciendo, entre la diversidad de juicios que se entrecruzan, flota y domina uno que parece fórmula del descontento, cuando es de la inapetencia intelectual. «Largo, muy largo. No hay paciencia para tanta lectura. ¡Cuatro tomos! ¿Pero á quién se le ocurre escribir cuatro tomos (ó tres, ó dos) de á cuatrocientas páginas?»

Sí: desde la admirable epopeya de Maximiliano Rubín, los juicios sobre Galdós

no son apreciaciones literarias, son medidas y cálculos de longitud. Bien como el caminante fatigado no ve en el lugar más hermoso y pintoresco sino el banco ó la silla donde reposar sus miembros molidos, nuestro público, desacostumbrado del ejercicio, flojo de músculos, toma la novela al peso (mentalmente) y adivina que *no puede con ella*. Es impotencia física la imposibilidad de prestar atención á una plática seria ó á una demostración razonada, que aflige á las gentes de ineducado cerebro y de conocimientos deficientes y falsos.

Ya sé que algunos andan diciendo por ahí que el fin de la novela es *divertir, entretener*, y para lograr ese objeto, toda agilidad es poca: el novelista ha de ponerse, como Mercurio, alas en los talones.—¡Válgalos el diablo por divertidos! Pues si no hay en el mundo cosa más subjetiva que este concepto de *diversión*. La *diversión* nace de nosotros mismos, de la preparación intelectual, así como el beneficio que nos hace la comida

pende del estado de nuestros órganos. ¿Conciben Vds. á un labrador de mi Granja muy *divertido* en la representación de *El Profeta*?

Podemos sentar este axioma: «Dime lo que te divierte, y te diré quién eres.» Si las gentes, que no carecen de amor propio, se persuadiesen de la estricta relación que puede establecerse entre la *diversión* y el *divertido*, no se pesarían las novelas. Y los que me entienden ya saben que esto no quiere decir que todo el mundo esté obligado á leer con interés, verbigracia, las *Etimologías* de San Isidoro.

Angel Guerra, última producción de Galdós, ha de ser juzgada por los consabidos como las almas de los egipcios: al peso....; y si desciende la balanza, condena segura. Son tres gruesos tomos, de la compacta lectura acostumbrada, y en ellos se desacata tan sincera y sencillamente el sentido externo del nuevo canon de Prevost, que, á excepción de la primera mitad del primer tomo, allí no hay más que una situación siempre idéntica *por*

fuera. Los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO recordarán tal vez que, al dedicar unos renglones á *El primer vuelo*, de Pereda, censuré que el autor nos tuviese dos mortales tomos, aguardando á que se casen unos chicos, que pudieron empezar por ahí. Para quien aprecie las diferencias capitales que existen entre la índole de los talentos de Galdós y Pereda, no será sorprendente el oírme declarar que no hay cosa más antitética que la *escasez de acción* y *sencillez de argumento* de los dos escritores. *Angel Guerra*, *por dentro*, es de lo más novelesco que cabe imaginar: adolece tal vez de exceso de novela, como veremos á su hora. Lo malo es que el público este, el de las precauciones, no se ha convencido aún de que si el elemento novelesco burdo está en la epidermis de la novela, el fino puede estar en los tejidos profundos, en las túnicas del corazón ó en las sinuosidades del meollo.

La última novela de Galdós principia al día siguiente de la cuartelada de Vi-

llacampa, que cerró la era de nuestros pronunciamientos, y no encontró eco en el pueblo ni correspondencia en parte alguna. Ángel Guerra, viudo é hijo de una opulenta señora establecida en Madrid, hombre que desde los treinta padece vértigo político y profesa ideas exaltadamente republicanas, ha tomado parte en la algarada, y llega á las altas horas de la noche, con el brazo atravesado de un balazo, á la escondida casita de su querida Dulcenombre. La mujer, solícita y cariñosa, cura y cata las heridas del revolucionario, y juzga y condena su empresa con razones puramente femeniles y utilitarias, sin omitir la eterna reconvención: «Pero, ¿quién te manda meterte en danzas semejantes?» Por su parte, Guerra, idealista fogoso, viene desencantado ya de aquel brusco choque con las realidades de la política, y trae náuseas de su ensueño quijotesco. Ha visto por experiencia que media un abismo entre las teorías y los hombres; el fracaso de una sublevación ramificada en todos los cuarteles

de Madrid y apenas secundada en uno, le ha probado la vergonzosa deficiencia de voluntad de los que gritan en clubs y redacciones, y, llegado el caso, no sirven ni para dar un viva en la calle. Ángel Guerra discierne todo esto, siente la ridiculez del aborto, y para colmo de bufonada, hasta la herida suya es, por decirlo así, una herida de broma, que no le duele, bala perdida del revólver de un amigo....

En el fondo de este desencanto hay otro resorte oculto,—el remordimiento.—Al retirarse los sublevados hacia Atocha, ya desesperados, con la convicción del *fiasco* de la tentativa, encontraron en su camino á un jefe de alta graduación, y como se negase á gritar «Viva la República» y les tratase de canallas, seis ó siete balas á la vez le tumban en tierra, mortalmente herido. Ángel ha disparado también; no sabe si su revólver hizo blanco; pero el choque psíquico, profundo é imborrable, está recibido ya. Aquella bala podrá no haber rozado siquiera al conde de Mirasol; á Guerra se le queda

incrustada en el alma, y tarde ó temprano le costará la vida.

El novelista no lo dice expresamente. El héroe mismo no se da cuenta del sor-do estímulo de conciencia que le trabaja. Ángel es hombre de vehemente condición, de honda sensibilidad, de pronto arrebatos, lo que pudiéramos llamar un *impulsivo*: la excitación, de cualquier lado que venga, encuentra en él pólvora seca, materia dispuesta á inflamarse. Puede afirmarse de él que no conoce la indiferencia. Sus impresiones, al par que súbitas y ardientes, son duraderas y tenaces. En su niñez ha asistido al fusilamiento de los sargentos sublevados el 22 de Junio; y en el trágico instante de caer á tierra los ensangrentados cuerpos, el terror del muchacho que presencia la hecatombe se objetivó por decirlo así en la figura de un hombre con pelo erizado y cara de máscara griega, que grita: «¡Eso es una infamia!» «Como subsiste indeleble hasta la vejez la señal de la viruela en los que

han padecido esta cruel enfermedad, así subsistió en la complexión psicológica de Ángel Guerra la huella de aquel inmenso trastorno. Siempre que se destemplaba moralmente, confundiéndose en su naturaleza el acibar de una pesadumbre con el amargor de la bilis, y se acostaba caviloso y algo febril, despuntaba en su cerebro la terrible página histórica, alterada quizá conforme á la ley del tiempo, pero sin que faltaran en ella ni el hombre del cabello erizado, ni los infelices sargentos pataleando en un charco de sangre.» Si la escena trágica de la niñez decidió probablemente la vocación de revolucionario de Ángel, la escena trágica de la edad viril va á determinar profunda crisis religiosa. Para comprender cómo venía preparada ó incubada esta crisis, hay que recordar antecedentes de familia.

Ángel es uno de tanto españoles, de la generación que hoy oscila entre los cuarenta y los cincuenta, que «no pueden entrar en su propia casa sin dejarse á la puerta ideas y sentimientos arraigados

en su conciencia y en su espíritu, que no pueden arrancar, y que, sin embargo, arrancarían gustosos, á trueque de no herir otros sentimientos é ideas profundamente arraigados también en personas respetadas y queridas». La madre de Ángel Guerra, Doña Sales, procede de una semi-aristocracia basada en el decoro burgués, en el respeto á la autoridad constituida y en la práctica de una religiosidad seria y algo seca, sin impulsos ardorosos de fe, pero con estricta observancia de lo que podemos llamar *ritualismo católico*. Cuando Ángel aspira á mejorar los destinos de su patria por medios violentos, comprende que es para su madre un aventurero loco. Hay todavía disentimientos más graves, por ser de orden más íntimo y secreto.— Aquella Dulce, su amante, á quien sostiene con modestia en una casita retirada, es, en concepto de Doña Sales, la perdida más asquerosa, la última de las mujeres. Ángel, cuyas ideas respecto al matrimonio son tan revolucionarias como en políti-

ca, está persuadido de que Dulce es una infeliz que no merece tal saña y desprecio, y si procede de una familia sospechosa y desastrada, en cambio reúne condiciones de docilidad, apego, ternura y modestia, que nunca adornaron á la esposa que le había elegido su madre. Mas, ¿de qué sirve á Guerra la convicción? Doña Sales, con una palabra majestuosa, con una mirada severa, le vence y siempre le vencerá, porque es el pasado de siglos, contra el cual se estrella el presente de años... de muy pocos años todavía.

Cuando el hijo pródigo se determina á volver á su casa después de fracasada la intentona, cae sobre su espíritu, abrumándolo más, la noticia de que su madre se halla gravemente enferma, á las puertas de la muerte, con recrudescimiento agudo de la crónica afección cardíaca. Quédase el hijo á velar á la enferma, pero ninguno de los dos adversarios (que adversarios son, aunque unidos por los indestructibles lazos de la sangre) concilia

:

el sueño. Allí están, frente á frente; y sin hablar alto, contenidos por todas las consideraciones que pueden atar una lengua humana, dan vueltas ambos al problema eterno de su irreconciliable discordia. Ahogada por la disnea, la señora mira á su hijo y le acusa interiormente «de haberle formado en medio del pecho el nudo horrible que ataja la sangre y corta la respiración». Y el hijo, presa de una angustia moral que es la disnea del alma, también hace cargos, también en silencio pide cuentas. «No, no me echés la culpa de que se te haya trastornado el corazón. Culpa más bien á tu carácter absorbente y despótico, que no admite ni la desobediencia más leve, ni la réplica, ni siquiera la opinión de los demás....» La sorda y callada fermentación de los dos caracteres no puede reprimirse ya: la discusión estalla en alta voz, y la señora pronuncia palabras de triste agüero, que se clavan en el preocupado espíritu de Ángel. «Si supiera que tu hija había de quedar en poder de la familia de tu querida, prefe-

riría que se muriese conmigo, y pediría á Dios que conmigo se la llevara.» En un minuto de protesta, el hijo rechaza la mano de su madre...., declárase terrible ahogo, y la señora muere.

Ángel queda abrumado de pasión de ánimo muy semejante á monomanía, arrepintiéndose de aquel movimiento de dureza con que rechazó la mano maternal: movimiento, en su opinión, muy parecido á un tiro. El primer síntoma de su estado moral es el cariño delirante que muestra á su niña Ción. La criatura es uno de los elementos—acaso el principal—que ahora retienen y apegan á la casa materna, de donde antes le alejaba el carácter autoritario de Doña Sales, al desengañado revolucionario. Pero la niña también está sentenciada: una fiebre de crecimiento la postra; en los últimos instantes, perdida toda esperanza en la ciencia médica, el antiguo incrédulo ve los cuadros religiosos que adornan la pared en el cuarto de su madre, y en situación parecida á la que dictó plegarias á León Roch, «én-

trale un ansia vivísima de prosternarse ante voluntades superiores, y de pedirles que le ampararan en su tribulación». Una idea horrible le acosa. Su madre, *desde allá*, ¿reclamará á la niña? Acaso sí... porque, á despecho de todas las súplicas, esfuerzos y cuidados del desesperado padre, la niña se le queda entre las manos.

Ángel se encuentra solo en el mundo: todo se ha hundido, todo acabado. Desde la muerte de Doña Sales, su querida, aquella Dulce tan enamorada y tierna, le va siendo indiferente, hasta tal extremo, que ni la visita. El sondaje sincero y profundo que hace en sí mismo le demuestra que Dulce es la misma de antes; quien ha variado es él, Ángel Guerra. El tedio que le inspira su antigua esposa ilegal crece cada día. Todos los defectos que antes no veía en ella, ahora le saltan á los ojos, irritándole. Recuerda la indignidad de la familia de Dulce, aquellos Babeles tramposos, falsificadores y borrachos; y hasta observa la extremada delgadez de su

querida, viniendo el hastío físico á reforzar el moral...

¿Hay algún móvil secreto para este cambio? Al lado de Doña Sales y de Ción vivía en la casa una «señorita de compañía», llamada Lorenza, de pobre cuna, y en quien desdichas de la infancia y anomalías hereditarias han creado singular exaltación mística. Lorenza ó *Leré*, que así le llamaba la niña, y este nombre conserva durante la novela toda, tiene formada resolución de entrar monja, y en la Orden más esclava, más dura, de mayores mortificaciones, no espirituales, sino corporales, en que se ejercite la caridad. Mientras vivió Doña Sales, Guerra, distraído por sus planes políticos, no ha reparado en *Leré*. Al morir la señora y declararse en Guerra el acceso de paternidad, la figura de *Leré* empieza á destacarse con luz y relieve. La gradual influencia que va adquiriendo la santa sobre el demagogo, está muy bien estudiada, por matices, por pinceladas finas de artista flamenco, que no pierde detalle. No